

3D.

Anastasio Rojo Vega

Hubo un tiempo en que los médicos creyeron que lo vivo y lo no vivo eran cosas esencialmente diferentes, que los mundos de lo orgánico y lo inorgánico estaban separados por un algo que llamaron impulso vital, èlan vital según los de Montpellier, por virtud del cual las cosas que ocurrían en el interior del cuerpo humano, por poner un ejemplo, no podían darse en el exterior, y viceversa. Recibieron el calificativo de vitalistas y a su escuela, a su tendencia, pertenecieron desde el fundador de la homeopatía, el alemán Samuel Hahnemann; hasta su compatriota filósofo Friedrich Nietzsche. Destrozó la teoría de que lo vivo era radicalmente diferente de lo inerte otro Friedrich, Wöhler, de Francfort, al explotarle entre las manos la urea, un compuesto de la orina sintetizado a partir de los ácidos y sales que llenaban los frascos de las estanterías de su laboratorio escolar. La evidencia le abrumó. Fue uno de esos hallazgos que se superponen al descubridor. Pero ¿qué haces tú aquí? Fue un rendirse a la evidencia por la fuerza, como llevado agarrado de los brazos por la pareja de la guardia civil. Él no lo pretendía ¿Quién le mandaba meterse en líos? Tan pocos problemas quería, que a un compuesto del mismo carácter que había florecido poco antes entre sus manos le había puesto el ingenioso nombre de 'líquido amarillo-blanco desconocido'.
Quita bicha.

En estos días Andrew Hessel, cuya página Programming life pueden consultar, ha anunciado la fabricación de virus con impresora 3D. Hasta ahora habíamos visto tales artefactos relacionados con armas y prótesis, hasta con comidas y reposterías, pero un virus... Es mucho. Es otra frontera. Es abrir la puerta a una nanotecnología que puede llevar a la manufactura de códigos genéticos, de DNA y RNA, de nuevos animales, nuevas plantas y ¿nuevos hombres?. Va todo tan rápido que, parafraseando a Lou Reed, hubiésemos podido decir a nuestros abuelos: he visto más cosas nuevas en un día, que viste tú en ochenta años.